

"Erit sepulchrum ejus gloriosum"

(CONCLUSIÓN)

Fué grande Santiago y grande la afluencia de bellos peregrinos, llegados de todos los rincones de un mundo que añoraba las cosas de otro mundo.

Más al rodar los años, fueron las emociones a morir—con la fe—y así quedó el Apóstol solo, abandonado: Hay piedras centenarias — labradas como joyas — que las almas guardaban. Hay joyas que nos dicen el grado de riqueza que tuvo la ciudad. Hay leyendas y sueños, que cantan en romance y bella poesía, toda la dulce gracia de historias sucedidas en los tiempos felices, cuando lumbre de plata marcaba por los cielos, un camino a seguir.

Quien pisa la ciudad que suena a hueco, en noche peregrina, turbada por ruidos — que al viento sonidos — y escucha los cantos, alegres, de los estudiantes; junta, a su triste lamento—pesar de entendimiento—acordes de sentidos y raras melodías, que aumentan el misterio del sonido rotundo del badajo de acero, cuando da en lo profundo—allí en el alero—que parece otro mundo.

Ciudad que te hicieron de piedra dura y oscura: Mojada por agua mansa y ligera, y que quedaste llena de tristeza y alegría, callejera. De piedra oscura y mojada; mojada, por agua del cielo y por dulce llanto de un pueblo que siente, de un pueblo creyente.

Las calles, las casas, y a veces, diríais — tanta es su negra fiereza — que el cielo también es de piedra dura, oscura y mojada.

Esa piedra dura, es granito siempre; granito, que siente: Es piedra eterna, que hasta el peso del agua, con duizura guarda, aun siendo tan dura.

El agua, lo es todo en esta ciudad, que cabe a la tumba del Apóstol Jaime, los tiempos hicieron de bello granito.

Sin agua, que caiga del cielo, no parece seda la piedra de la Catedral; no chove.

Sin agua, que al caer—las hiera—no cantan las piedras del suelo: no chove.

Sin agua, las niñas no cantan, ni rien; ni las mozas pueden en los soportales de las bellas ruas, rondallas hacer: no chove.

Sin agua, Galicia, no es bella, pues muere de sed.

El agua, lo es todo, en esta ciudad: Su suavidad, envuelve y aroma, la joya de plata que el arte barroco—ese arte hispano que el pueblo amó siempre—creó, en la ciudad, más bella y hermosa de la cristiandad.

Sin agua—cayendo gota a gota—no fuera Santiago, ni fueran esmeraldas los campos que la guardan. Toda ella moriría, cual muere la alegría, cuando se aleja el día.

Esta Catedral, es joya de plata, que tiene el testero más bello, de ese arte hispano que el pueblo amó siempre. Tiene en el portal, que mira a poniente, la obra inmortal, de un genio doliente. Maestro Mateo, diz que la creó en el siglo XII: *Pórtico de la Gloria*, que no

siendo gótico, porque del románico no hay nada mejor, es la maravilla de la Catedral, con sus cien figuras que causan envidia a toda figura que hicieron de piedra, pero que no tiene la gracia y finura, la eterna sonrisa que tiene esa puerta del cielo; porque no hay mejor, ni otra se encuentra hecha, con tal amor.

Tan grande es el templo, tan recio y tan fuerte, que uno se encuentra pequeño en él, y se desconoce. La piedra ha formado un inmenso bloque, que allí en la altura, se eleva, y se eleva, hasta confundirse con las tenues nubes que al vapor del agua ha ido formando en la lejanía; en las cresterías.

El canto que sale con fuerza, del coro, y que junto a las notas de grave sonido de un órgano inmenso, asciende allí arriba, vuelve a descender con nueva alegría; lleva junto a él, esa melodía que tiene el agua en la lejanía.

Todo es plata y brilla: Todo es llama y quema, allí, en el altar. Pero hay unos ojos que llegan al alma y brillan y queman; no siendo de plata, ni siendo una llama. Son ojos que os dicen palabras divinas; son ojos que vieron aquellos que fueron, lumbre, de la lumbre—ojos de Jesús;—son ojos, cual llama, que a la llama vencen; son ojos, que tienen la lumbre del trueno; son ojos de Apóstol, que os hablan de fe y de eternidad.

Cuando la emoción llena el corazón, nuestra inteligencia queda iluminada, y la fe—arde—cual llama que vive y que no consume, cual llama que quema y que nos domina.

Cuando ante la tumba del Apóstol Jaime, todo el ser—tiembla—de amor y de fe, postrados de hincos, la estrella que alumbró—allí en lo profundo de la Catedral— ilumina, la visión de Cristo—luz—que resplandece allí, en las tinieblas. Todo es alegría del alma, que vibra y queda perdida, en ese infinito de la inmensidad.

Allí, en lo más profundo de la Catedral, juntos, como un rezo, aquel gran misterio de la pequeñez de cueva profunda—y de inmensidad—del alma que piensa en la eternidad: Juntos, a mi soledad, esa inmensidad y esa soledad, en calma comprende—el alma—el mágico arrullo de la compañía de algo que se siente, que nos acompaña, en la soledad: De algo que no es nada, de lo que aquí es algo, pero, que allí es todo, en la eternidad: De algo que es misterio, que dulce consuela y fino acaricia, al alma que siente con intensidad: De algo, que no le abandona y hace no se sienta, ni dolor, ni pena: De algo, que sólo en el alma tiene dulce eco; que es como un quejarse, de una larga espera: De algo, que el alma que siente, la muerte desea; que vida le lleve, lejos de esta vida, que no es más que muerte.

Francisco de Asís, que peregrinaba por tierras de España y con cantos de amor a la gente hablaba, al sol, a las

plantas y a los animales—hasta al lobo fiero, su fiel compañero—vino un día—siguiendo el camino de plata—que en el cielo había—y ante la urna que el cuerpo sagrado guardaba, el alma entregaba a místico rezo, y el agua del cielo juntaba su agua con la que Francisco de Asís, de dolor, dejaba.

Recuerdo eso ahora, que salgo de aquí—de sentirme humilde—y el sol que se pone, tras de las montañas que en la lejanía se cubren de azul, me habla de amores y bellos dolores, de los que Francisco de Asís, nos pintaba, con finos colores.

En noche serena—de campo de estrellas—el fino polvillo de plata que marca el camino del cielo, señala a nosotros, aquel que siguieron, todos los que fueron a ver a Jesús: Los que por España, un día murieron, con visión de Luz.

Claros, los luceros—son ojos que fueron—señalan el rumbo que debe seguir—si llegar a puerto desea—la Nave, que vientos empujan a nuevas conquistas, que hablan de Imperio.

La noche nos habla de aquellos guerreros, que—tras Santiago—salvaron a España: De los que murieron, siendo prisioneros, y de cuantos fueron, junto a los luceros.

El día que sigue, es un día alegre. Contrastes que tiene la vida, a montones: cuando uno lucha con las ilusiones.

No chove y hay sol—sol del cielo y sol del alma—y eso que voy a partir y «digo ch'este adiós chorando; adiós, per sempre quízais!...»

No chove—en este día—y luce el sol: Y es azul lo que aquí existe, cuando el cielo es bien azul, y no chove, aunque el alma llora...

Y son brillantes las nubes, y forman una corona—fina—con hojas, como laurel: Corona, que bien merece la ciudad de Compostela; que ella fué la que creó—con lazos indisolubles—esa idea universal con que Europa fué creciendo, cuando otro Imperio moría.

Y ahora que me voy, viendo como nace el día, siento esa su alegría, metida en mi corazón, y allí, en la lejanía, de ese cielo tan azul, dentro la bella corona—fina—de hojas, como laurel, veo a Santiago, el Santo Patrón del Imperio Hispano, que es todo fulgores: Luz resplandeciente, que a España ilumina. Va en su caballo, blanco, cual la nube que en el mediodía, brilla en la lejanía: Síguenle infinita legión de muchachos; en el aire vibran, banderas que sienten. El cortejo—de nubes de plata—crece y crece..., al son de canciones—himnos, que en España, son de amanecer.—

El cielo se cubre de aquellas legiones de infantes que cantan, cantan y sonríen: Son las juventudes de esa patria mía, que el Apóstol guía, camino adelante.

Dios quiera, que un día—en la patria mía—y con fiera saña; si aquello volvía... ¡Santiago! ¡Cierra España!

MIGUEL DE ESPAÑA